



Seix Barral

Margarita Leoz

Flores fuera de estación



Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
Dedicatoria
Cita
Bulbos
Diez salones, catorce dormitorios
Piedras al mar
Una nueva luz
Flores fuera de estación
Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre
una
nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora
bre

Descu-
Comparte

Sinopsis

Un inesperado viaje en pareja, un joven poco decidido a convertirse en adulto, una visita a la infancia olvidada; historias con un aire familiar, conocido, que contienen un elemento imprevisto, sorpresivo, que las transforma y las universaliza. Los personajes que pueblan estos relatos son antihéroes, seres perdidos, empujados por la corriente. Todos viven en un no-lugar, en un entorno que les resulta extraño, ajeno, transitorio. Se enamoran de forma platónica, tienen sueños que no se atreven a cumplir, desean ser otra persona. Son personajes que viven a contrapié, fuera de lugar.

FLORES FUERA DE ESTACIÓN

Margarita Leoz



*A mi madre, a la memoria de mi padre,
flores inusuales, brillantes, perennes,
flores fuera de estación.*

El pasado no es solo una memoria inmaterial, una proyección mental intangible; el pasado es denso, respira, se mueve hacia nosotros.

MIGUEL ÁNGEL HERNÁNDEZ,
El dolor de los demás.

*Tout luit, tout brille, mais
rien ne brûle.*

MIOSSEC

Bulbos

Mi hermana me llama cuando estamos en el aeropuerto.

—¿Cómo es cuando te suicidas con pastillas? —le pregunto.

Aprovecho que Fabián se ha alejado, ojea un puesto de revistas y no me oye.

—¿Qué? —dice—. Bueno, es como cuando mezclas en un matraz bicarbonato sódico y vinagre, supongo. Te sube una espuma por el esófago y te mueres.

—O sea, te quemas por dentro.

Hay un silencio.

—Y yo qué sé —responde inquieta—. ¿Me tomas por un médico? Lo único que te puedo decir es que no hagas nada sin guantes ni gafas protectoras. Nada, ¿me has oído?

Comienza una perorata sobre cuánto dejan de desear las medidas de seguridad de su empresa. Me habla con voz gruñona, como si yo tuviera la culpa. Y repite la historia de aquel becario cuyo anular acabó seccionado dentro de una probeta.

—¿Cómo se llamaba? ¿Manuel? ¿Miguel? No lo recuerdo, pero estoy convencida de que a su prometida no le hizo ninguna gracia.

No, no le hizo gracia. El dedo se bañó en una mezcla corrosiva y fue imposible recuperarlo. A las dos semanas se le terminó el contrato. La tarde de la despedida los jefes le regalaron una caja de sulfumán y otra de lejía, doce botellas por caja, los productos estrella de la fábrica. Mi hermana le ayudó a cargarlos dentro del maletero. El becario llevaba aún una gruesa venda, «contabas los dedos y siempre faltaba uno», decía mi hermana. Se despidieron en el aparcamiento.

Me quedo callada.

—¿Por qué me preguntas eso? —me espeta de pronto—. Lo del suicidio, me refiero.

La megafonía de la terminal emite un aviso. Comienza el embarque. Fabián se acerca agitando dos periódicos. Esboza una sonrisa. Sorte a muchas personas que parecen disfrazadas: unos negros vestidos con chilabas muy blancas, seguidos por unas mujeres a distancia, arrastrando maletas pesadas; adolescentes rubios, toda una clase, con la misma mochila colgada de un hombro, y una profesora que los precede y no mira atrás y les habla en ruso o, acaso, en otro idioma eslavo.

—¿Se puede saber dónde estás? —pregunta mi hermana—. ¿Te vas de viaje?

Prometo buscarle un puzle y cuelgo sin mencionar el destino.

Tres días atrás el teléfono suena largo rato. La noche anterior habíamos salido con unos colegas de la agencia de Fabián. En los postres empezaron a comentar sobre sus tasaciones, en qué medida influía una cubierta rehabilitada o la ubicación de los ventanales. Fabián era sensible a pasillos y patios interiores, mientras que el otro perito mostraba su debilidad por la orientación sur. No eran malos tipos, pero reconozco que al cabo de un tiempo me aburrí. Me fui a la barra, donde un camarero atractivo, más joven que yo, con un tatuaje en el cuello, servía chupitos sin arte. Le pedí una copa, tuvo que acercarse a pocos centímetros de mi cara, olí su perfume. Luego otra copa más.

Cuando oigo el teléfono, me hago la dormida. Fabián ya está impecable, se ha duchado y afeitado y me tiende el auricular.

—Preguntan por ti —dice, tapando el micrófono.

Sube las persianas. Viste con elegancia hasta en casa. No se le aprecian ojeras. Con seguridad lleva tiempo levantado, me lo imagino en nuestro despacho con su taza de té puro, sin leche ni azúcar, revisando informes traídos de la agencia para colmar sus horas libres. Los rayos de sol se asoman curvos, la lluvia ha limpiado el aire. Me pongo en pie y veo mi calle y los árboles y los madrugadores que compran el pan, los que se dirigen a la estación con temor a perder el tren y todo me resulta distinto.

«Será mi hermana», pienso en duermevela. Los domingos telefonea por insignificancias, como saber a toda costa si tenemos intención de comer con ella o cómo sacar una mancha de vino tinto.

—No es Virgi —dice Fabián.

Mi hermana se llama Virgilia, pero todos la llamamos Virgi. Todos, excepto mi madre, que le suena a apodo hombruno y feo. La acusa de romper el vínculo con nuestros antepasados. En mi familia siempre ha habido un Virgilio, generación tras generación (mi abuelo materno, su padre y el padre de su padre), hasta el punto de que mi madre, en un arranque desmedido de fantasía, asegura incluso que el célebre poeta latino perteneció a nuestra estirpe. Por esto, en su hija primogénita, perpetuó la tradición de la que tanto presume. Siendo una niña, cuando mi madre la regañaba por alguna tontería, porque se negaba en redondo a beber la leche o no se lavaba los dientes, mi hermana la chantajeaba.

—En cuanto cumpla dieciocho, me planto en el Registro Civil y me cambio el nombre —decía enfurecida.

Aquella bravata nos hacía mucha gracia a mi padre y a mí, pero mi madre se la tomaba a la tremenda y se marchaba de la habitación con un portazo.

Salvo contadas excepciones, mi hermana había aprendido a convivir con su nombre. Sin embargo, en las primeras clases de la facultad regresaba a veces llorosa, se encerraba en su

habitación y no quería salir. Después nos enteramos de que el chico que le gustaba y con quien compartía mesa en las prácticas del laboratorio se había burlado de su nombre, le había preguntado qué lugar de la tabla periódica ocupaba, si era prima de Silicio o de Rubidio.

—Ni siquiera soy un gas noble, ¿sabes? —gemía desconsolada—. Me habrá puesto entre los metaloides, como si lo viera.

Pese a que yo no entendía nada, me vienen a la memoria sus lágrimas calientes sobre los apuntes, la almohada estrujada entre las falanges. Incluirla en aquella categoría debía de constituir una gran afrenta. Eso no le habría sucedido de haberse llamado Marta o Elena.

—¿No es Virgi? —pregunto extrañada.

—No —dice Fabián tendiéndome el aparato—. Es alguien que habla raro.

Al principio no soy capaz de reconocer a Sarah. En su voz hay distancia y tristeza, la oigo como si me llegase de detrás de las paredes de un acuario. Se dirige a mí en francés y pienso que alguien se ha equivocado de número. Luego dice mi nombre como solo ella lo pronunciaba, en dos secuencias, con un lapso cortante en el centro, y ya no tengo dudas.

—Edgar ha muerto.

Me vuelvo a tumbar. Intento cubrirme las rodillas sin conseguirlo. Llevo puesto un camisón de verano antiguo, de mi madre, demasiado corto. Imagino a Sarah sentada en el jardín de aquella casa que conozco, rodeada por rosales trepadores y pasifloras, las hojas verdes del sauce cepillando las ventanas, alejada de su hija Charlotte para que no la oiga, con su pelo recogido hacia atrás, una inmensa coleta rojiza, su cara despejada tan pálida, en una mañana a buen seguro más fría que la mía.

Catorce años atrás, Virgi me animó a que retomase mis clases de piano, abandonado tras casi una década en el conservatorio. Ella consideraba la música una inutilidad, igual que la filosofía, la costura por gusto o aprender un idioma extranjero aparte del inglés. Jamás había pisado un teatro fuera de las obligadas excursiones escolares. Lo de los puzzles no era una afición, sino una terapia. «Si no encajase piezas, me atiborraría a sedantes», sostenía. Admiraba a los científicos, a los campeones de Scrabble y a las maratonianas olímpicas, pero a sus hijos nunca les permitió una afición que no produjese una ganancia práctica, un provecho computable. De pequeños, venían a mi piso para cocinar bizcochos. También recortábamos cajas de cereales con las que hacíamos caretas que después pintábamos con témperas. Les guardaba cáscaras de nuez para construir barquitos, los poníamos a navegar en la bañera. Plastilina, papel crepé, retales deshilachados; en mis cajones, hasta que me casé, siempre te podías encontrar cosas así. Su madre quizá creía que me los llevaba al cine o quizá hacía la vista gorda. Lo cierto es que nunca preguntaba.

Más tarde, al elegir sus carreras universitarias, Virgi se lamentaba:

—Destrocé mi cocina haciéndoles experimentos químicos. Total, para que se vayan por letras.

Sin embargo, conmigo mi hermana había sido siempre muy condescendiente. Me buscó un profesor entre los anuncios por palabras del periódico. Era un viejo polaco que se ganaba la vida con alumnos particulares. Dábamos clase los lunes a las siete en su casa, situada en un barrio sombrío, alejado del centro. A diferencia de los pianistas que yo había visto por televisión, tenía las uñas muy desaliñadas y las manos romas. Divorciado, dos perros salchicha eran su única compañía. En ocasiones, en medio de una clase, saltaban sobre las teclas o se colaban por entre los pedales, con aquella espina dorsal desproporcionada frente a unas patas tan breves, a la

caza de un mimo. El polaco no los acariciaba ni los reprendía, se diría que eran invisibles a sus ojos. A pesar de que llevaba más de dos décadas en la ciudad, hablaba tan mal nuestro idioma que me resultaba difícilísimo comprender sus correcciones, así que yo no mejoraba demasiado. Tocábamos lo que a él le gustaba, sin programa ni método, mucho Schumann, mucho Chopin. Una tarde llevé la primera sonata de Beethoven. Se negó en redondo. Más que odio, lo que le producía era una especie de reacción alérgica. Sostenía que le causaba ardor de estómago.

—Lo tocas en tu casa —dijo tajante.

Eso sí lo entendí a la perfección.

Un día me invitó a un concierto. Me senté con él en las primeras filas. Lllamaríamos la atención, supongo: él, un viejo despeinado, tantas arrugas cruzadas que no soportarían ser contadas, sus vaqueros con lamparones, las greñas canosas, aquella apariencia rotunda de indigente que justificaría en sí misma una ayuda social; y yo, sin haber cumplido los treinta, con el vestido negro que me había prestado Virgi, dos tallas más grande, y un bolso que no conjuntaba. Al finalizar, lo seguí por los pasillos del teatro y me presentó a los integrantes del trío, antiguos compañeros de orquesta en otro país. El oboísta era Edgar.

En la conversación con Sarah hay silencios violentos, sin que ninguna de las dos quiera iniciar la despedida. Mi mente calcula el número de meses, años, que no nos comunicamos. A la última visita le sucedieron llamadas casi diarias, de verdadera amistad, profusas en detalles, que me complacía pagar al contemplar la factura del teléfono. Se fueron espaciando, sustituidas por cartas cada vez más menguadas, menos constantes, algo insinceras. Más tarde, la postal de una isla, esporádica, por vacaciones, o una felicitación en diciembre con una

fórmula repetida y hueca: «Anton, Sarah y Charlotte te desean Feliz Navidad y Próspero Año Nuevo». Luego, nada, un recuerdo fugaz, una buena intención fallida.

—O sea, que trabajas en el mismo sitio, ¿no? —pregunta.

Y yo respondo:

—Más o menos.

Retomamos el hilo o nos quedamos calladas. Pienso en cuándo toca hacer la compra mensual o la colada, en que nuestro aniversario de boda se aproxima y todavía no he comprado ningún regalo.

—Creí que querrías saberlo —dice—. Lo de Edgar.

—No me habría enterado de otro modo —respondo.

Me enderezo en la cama. Los pasos de Fabián van del aseo a la cocina. El agua sube en la cafetera y borbotea con fuerza. El ronquido metálico del exprimidor extrae el primer zumo.

—Charlotte se habrá hecho mayor —digo.

—En enero cumplirá once.

—¿Está por ahí?

—No, hoy duerme en casa de su padre.

A la luz amarilla de la mañana, el dormitorio parece más angosto y los muebles, ajados, extraños. No recuerdo cuánto tiempo permanecemos al teléfono, contándonos muy poco, casi nada, incómodas por la falta de práctica. En un instante, Sarah reacciona de alguna manera y se despide.

Al colgar, me percato del dolor de cabeza. Cierro los ojos un segundo. La bata de Fabián descansa sobre la cama. Me la pongo. Intento enumerar los platos de la noche anterior y a partir de qué *gin-tonic*, demasiado parlanchina, demasiado borracha, dejé de existir para el camarero perfumado del tatuaje en el cuello.